

Introducción

Una de las enseñanzas de la época de Hitler es la de la estupidez de pretender saber demasiado. Con sobradas razones competentes los judíos le han negado toda posibilidad de éxito, cuando este era ya claro como el sol [...]. Además, siempre según los listos, el fascismo habría sido imposible en Occidente. Los listos han hecho siempre fácil la partida a los bárbaros, porque son así de tontos [...]. Que la cordura se vuelva estupidez es algo implícito a la tendencia histórica.

—Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*¹

I.

La nueva extrema derecha está cautivada por las imágenes del desastre. «Comités de la muerte». «Genocidio blanco». El «gran reemplazo» de blancos por inmigrantes. Los judíos que «no nos reemplazarán». Las «cábalas» de pedófilos satánicos y comunistas.

1. Horkheimer, M., y Adorno, T. (1998), *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Editorial Trotta, Madrid, p. 251.

«Islamización». «Campos de FEMA». «Invasión» de inmigrantes. «Traidores» en el gobierno. Engaño climático. «Plandemia». Comunismo al estilo chino. Unas elecciones robadas por el Estado profundo. Una nación atacada por terroristas de izquierdas. «La guerra civil está aquí, ahora mismo».² Chupitos de adrenalina.

Tales escenarios se tornan rápidamente en exhortaciones violentas. «No puedo quedarme sentado viendo cómo masacran a mi pueblo. Que le den a tu perspectiva, voy a entrar». Asalta el Capitolio. «Marcha armada en el Capitolio y en todos los capitolios estatales». Ven «armado con rifles, pistolas, dos cuchillos y toda la munición que puedas llevar». «No permitas que desarmen a nadie sin que hayamos dejado atrás varios cadáveres». Traed «esposas y bridas». «A la mierda las bridas, ¡llevo cuerdas!». Cruza el Rubicón. Declara una dictadura. Invoca la Ley de Insurrección de 1807, despliega el ejército y la guardia nacional y acaba con la conspiración de la izquierda. Invoca la Orden Ejecutiva 13848 e investiga el fraude electoral. La cábala corrupta, como dijo un libro superventas de QAnon, debe «ser erradicada permanentemente de la tierra».³ Hail Trump.

2. Stewart Rhodes, líder de los Oath Keepers, citado en Giglio, M. (2020), «A Pro-Trump Militant Group Has Recruited Thousands of Police, Soldiers, and Veterans», *Atlantic*, noviembre de 2020.
3. El tirador en masa de la sinagoga *Tree of Life*, Robert Bowers, en la plataforma de medios sociales Gab, antes de llevar a cabo su masacre; citado en Krupkin, T., Tibon, A., y Maltz, J. (2018), «“Screw Your Optics, I’m Going In”: Suspected White Supremacist Shooter Behind Pittsburgh Synagogue Attack», *Haaretz*, 28 de octubre de 2018; un panfleto online de la «insurrección» del 6 de enero de 2021 en la página web Boogaloo Boys, citado en Kates, G. (2021), «Armed capitol rallies “will continue” as planned, Boogaloo group member says», *CBS News*, 17 de enero de 2021; mensaje en thedonald.win; citado en Timberg, C., y Harwell, D. (2021), «Pro-Trump forums erupt with violent threats ahead of Wednesday’s rally against the 2020 election», *Washington Post*, 5 de enero de 2021; otro mensaje en el mismo foro, citado en Zadrozny, B., y Collins, B. (2021), «Violent threats ripple through far-right internet forums ahead of protest», *NBC News*, 6 de enero de 2021; otros mensajes del mismo foro citados en «How a Trump Tweet Sparked Plots, Strategizing to “Storm and Occupy” Capitol with “Handcuffs and Zip Ties”», Site Intelligence Group, 9 de enero de 2021; según se informa, Trump redactó una declaración en el marco de la Ley de Insurrección para hacer frente a las protestas de Black Lives Matter, y consideró utilizar la misma medida para impedir el supuesto robo de las elecciones presidenciales de 2020. Tiefer, C. (2021), «An Insurrection Act Proclamation Was Prepared for Trump by His Aides During D.C. Protests», *Forbes*, 25 de

La pseudoinurrección en Washington D. C. el 6 de enero de 2021, destinada a detener un supuesto amañeo de las elecciones presidenciales y restaurar a Trump en el poder, fue golpismo de fantasía acuñado por el desinfotretenimiento online: cesarismo para la generación QAnon. Pero no fue la última de este tipo. En menos de un año se frustró un supuesto intento de golpe de Estado del movimiento neonazi *Reichsbürger* en Alemania, los partidarios del presidente brasileño Jair Bolsonaro asaltaron los edificios gubernamentales con la esperanza de desencadenar una «*intervenção militar*» y el paramilitar Grupo Wagner ruso marchó a medio camino de Moscú para forzar el relevo de la cúpula militar a la que culpan de traicionar la guerra en Ucrania.

En todos los casos, la pseudoinurrección estaba justificada por la conspiranoia. El movimiento *Reichsbürger* sostiene que la República Federal de Alemania no es un Estado-nación, sino una corporación creada por los Aliados. Los partidarios de Bolsonaro creen que el centrista proempresa Lula es comunista. Yevgeny Prigozhin, líder del Grupo Wagner, sostiene que la guerra contra los «hohols» (un insulto racista para referirse a los ucranianos) está siendo traicionada por unos líderes étnicamente impuros (se refiere al general Shoigu, procedente de un grupo étnico túrquico indígena de Siberia, como un «tuvano degenerado»). Más revelador incluso es que, en la mayoría de los casos, el trabajo sucio del golpe de Estado debía ser llevado a término por los «chicos buenos» que estaban en el poder: Trump, Putin o los militares. De manera similar, los disturbios y la violencia colectiva contra lo que resta de la izquierda israelí bajo Netanyahu

junio de 2021. Feuer, A., Haberman, M., Schmidt, M. S., y Broadwater, L. (2022), «Trump Had Role in Weighing Proposals to Seize Voting Machines», *New York Times*, 31 de enero de 2022. También se instó a Trump a invocar la orden ejecutiva 13848, que le otorga poderes especiales para investigar la interferencia extranjera en una elección, a confiscar máquinas electorales y a nombrar a la leal Sidney Powell como asesora especial. Woodruff Swan, B. (2022), «Read the never-issued Trump order that would have seized voting machines», *Politico*, 21 de enero de 2022. Colectivo WWG1WGA (2019), *QAnon: An Invitation to the Great Awakening*, Relentlessly Creative Books LLC, Dallas, TX, p. 3.

antes y durante el asalto genocida de Gaza se hicieron en apoyo de quienes estaban en el poder.⁴

Los gobiernos nacionales han facilitado otras formas de violencia de masas, cada una motivada por sus propias fantasías de perdición y redención. En Filipinas, la línea que separa los asesinatos de drogadictos a manos de la policía de aquellos a manos de escuadrones de la muerte formados por voluntarios es deliberadamente opaca. Los pogromos contra los musulmanes en India son sistemáticamente permitidos por la policía, los políticos y los tribunales. En Israel, los pogromos llevados a cabo por colonos en Cisjordania no podrían tener lugar sin la implicación del ejército israelí, cuyos oficiales y reservistas están a menudo integrados en la población colona. En cada caso, se ha desencadenado una energía vagamente insurgente, no contra un statu quo decadente, sino en defensa del mismo contra fantasías inspiradas por la sensación mareante de una normalidad que se escapa en dirección al desastre. «La agenda de Trump consiste en hacer de Estados Unidos un país normal», explicó el multimillonario del sector tecnológico Peter Thiel. «Alemania, pero normal» fue el lema de la ultraderechista Alternative für Deutschland en 2021.⁵

Estos aspirantes a golpistas son, en su mayoría, voluntarios políticamente inexpertos y movilizados online. El núcleo organizado

4. Sobre los antecedentes de las redes de extrema derecha en Alemania y sus frecuentes conexiones con la policía, véase Koehler, D. (2017), *Right-Wing Terrorism in the 21st Century: The "National Socialist Underground" and the History of Terror from the Far-Right in Germany*, Routledge, Londres y Nueva York; sobre la conspiración golpista de los Reichsbürger, véase Staiano-Daniels, L. (2022), «Germany's Conspiracists Borrow American Ideas to Plot Against the State», *Foreign Policy*, 12 de diciembre de 2022; sobre la pseudoinsurrección brasileña, véase Hylton, F. (2023), «Chronicle of a Coup Foretold», *LRB blog*, 9 de enero de 2023; sobre el intento de golpe de Prigozhin, véase Afinogenov, G. (2023), «Prigozhin's March on Moscow», *LRB blog*, 28 de junio de 2023 y Roussinos, A. (2023), «The Prigozhin roadshow isn't over», *Unherd*, 26 de junio de 2023.
5. Esta sensación de normalidad que se desvanece con el Brexit se describe en Davies, W. (2020). *This Is Not Normal: The Collapse of Liberal Britain*, Verso, Londres y Nueva York; Stephan Lessenich (2022) la describe en la política alemana debido a la pandemia en *Nicht Mehr Normal: Gesellschaft am Rande des Nervenzusammenbruchs*, Hanser Berlin; Davidson, A. (2016), «Peter Thiel's Oddly Conventional Defense of Trump», *New Yorker*, 1 de noviembre de 2016; «Das Neue ist noch nicht normal», *TAZ*, 21 de octubre de 2022.

de quienes asaltaron el Capitolio estadounidense estaba compuesto por exmilitares y expolicías fuertemente armados, acostumbrados a la «violencia moralizadora» que Michael Mann describe en su obra sobre la formación del fascismo clásico y que, por tanto, también mostraban cierta inteligencia táctica. Sin embargo, la mayoría de los participantes eran nuevos activistas procedentes, en su mayoría, de las clases empresariales y profesionales en retroceso.⁶ Como sucedió con los votantes de extrema derecha en Brasil y el Reino Unido, fue una trayectoria de declive, y no la penuria, lo que alimentó su radicalización hacia la derecha. Aunque salieron bien parados de los años de bonanza, se vieron inmediatamente abocados al endeudamiento e incluso a la quiebra. Corrían el riesgo de quedar relegados a la condición de seres humanos corrientes y en apuros.

Organizados por redes online, los falsos insurrectos de Estados Unidos, Brasil y Alemania no estaban ni intelectual ni logísticamente preparados para el golpe de Estado que anhelaban. Sus acciones se asemejaban, más que nada, a versiones armadas de un linchamiento online, lo que en ningún caso mitigaba su gravedad. El 6 de enero de 2021, los de la «pastilla roja» y sus seguidores acudieron en masa con la esperanza de materializar su fantasía de un «Gran Despertar», una «tormenta» o un «día de la sogá». En una encuesta rápida realizada tras la «insurrección», antes de que arraigaran las desviaciones ideológicas que culpaban del suceso a «Antifa», alrededor del 45 % de los votantes republicanos dijeron que apoyaban la acción.⁷ Detenerse en la estridente estupidez de estas ideologías y en la fusión de infantilismo mediático y cinismo comercial que les ayuda a circular sería sucumbir ante la compensación de sentirse superior. Supondría ignorar su poder psicológico explosivo y su potencial para provocar

6. Mann, M. (2004), *Fascists*, Cambridge University Press, Cambridge, Kindle loc. 419; Pape, R. (2022), «American Face of Insurrection: Analysis of Individuals Charged for Storming the US Capitol on January 6, 2021», Chicago Project on Security and Threats, 5 de enero de 2022; para la versión resumida, véase Pape, R. (2022), «The Jan. 6 Insurrectionists Aren't Who You Think They Are», *Foreign Policy*, 6 de enero de 2022.
7. Walker, J. (2021), «45 Percent of Republican Voters Support Storming of Capitol Building: Poll», *Newsweek*, 7 de enero de 2021.

un cataclismo mucho más peligroso. Se han llenado tumbas con aquellos que «lo conocían de sobra».

II.

Si crees que alguna de estas tonterías va a hacer frente a esta oscura fuerza psíquica de odio colectivizado que este presidente está suscitando en el país, entonces me temo que los Demócratas van a vivir días muy oscuros.

—Marianne Williamson⁸

El nacionalismo del desastre, el nacionalismo apocalíptico que ha llevado al poder a varios líderes de extrema derecha y que ahora prepara más avances, ha montado una crítica espectacular de la ortodoxia política.

La ley de la gravedad política fue expresada por el asesor de Bill Clinton, James Carville, durante las elecciones de 1992: «Es la economía, estúpido».⁹ El eslogan resumía toda una visión del mundo: si se trataba a los votantes como consumidores, sus elecciones racionales mantendrían la política en un punto medio de consenso. Los políticos competentes podrían garantizar una prosperidad suficiente, por impactantes que fueran las desigualdades, para mitigar las pasiones persecutorias. Un ejemplo de este tipo de pensamiento fue resumido por Benjamin Friedman en *The Moral Consequences of Economic Growth*: «El crecimiento económico —es decir, el aumento del nivel de vida de la gran mayoría de los ciudadanos— suele fomentar mayores oportunidades, tolerancia de la diversidad, movilidad social,

8. Marianne Williamson, citada en Corasaniti, N. (2019), «Watch: Marianne Williamson on Race, Reparations and Trump's "Dark Psychic Force"», *New York Times*, 30 de julio de 2019.

9. Kelly, M. (1992), «The 1992 Campaign: The Democrats – Clinton and Bush Compete to Be Champion of Change; Democrat Fights Perceptions of Bush Gain», *New York Times*, 31 de octubre de 1992.

compromiso con la justicia y dedicación a la democracia».¹⁰ Este axioma, extraído de la economía política clásica, nunca ha descrito el comportamiento humano real. Y ahora los políticos de derechas han demostrado que millones de personas dañarán con gusto, a veces conscientemente, aquello que se les dice que es su mayor interés: los ingresos, el empleo, la salud y a veces incluso sus vidas pueden sacrificarse por la oportunidad de destruir a un enemigo.

Las células de convección de esta tormenta llevan mucho tiempo acumulándose a plena vista. Ya en 1996, cuatro años después de la demolición ilegal de la Babri Masjid por parte de una turba, el partido supremacista hindú Bharatiya Janata Party (BJP) se convirtió en el más grande del parlamento indio. Ese mismo año, la campaña de extrema derecha de Pat Buchanan obtuvo mejores resultados de lo esperado en las primarias republicanas de Estados Unidos. En 1998, el joven nacionalista anticomunista Viktor Orbán, legatario del almirante Miklós Horthy, llegó al poder en las elecciones generales húngaras. En 1999, el Partido de la Libertad de Jörg Haider quedó segundo en las elecciones legislativas austriacas. Siguieron una serie de repuntes de las campañas de extrema derecha, a medida que los desastres de la guerra y luego la ruina financiera aceleraban el descontento, la desconfianza y el resentimiento social profundamente arraigados que ya circulaban en estas sociedades, dirigiéndolos contra los musulmanes y los inmigrantes. El neofascista Front National quedó segundo en las presidenciales francesas de 2002, el antimusulmán Pim Fortuyn alcanzó el 17 % de los votos en las elecciones generales neerlandesas de 2002 y el BJP arrasó en las elecciones de Gujarat tras un pogromo antimusulmán. Siguieron los avances del Vlaams Blok belga, el Partido Popular suizo, el British National Party y, en Estados Unidos, el nacimiento del movimiento Tea Party.

Los estallidos de violencia popular que acompañan a los desastres de la guerra y la depresión, pese a no ser novedosos en sí mismos, devinieron en salvajes vientos de odio vecinal. Alain Bertho documenta un aumento de los actos terroristas en todo el mundo desde

10. Friedman, B. M. (2005), *The Moral Consequences of Economic Growth*, Vintage, Nueva York, p. 12.

la invasión de Irak en 2003, y un crecimiento de la violencia civil desde el crac financiero de 2008. Los asesinatos de lobos solitarios aumentaron un 143 % entre los años 1970 y 2000 (un 45 % en Estados Unidos y un 412 % en otros catorce países afectados). En 2016, el número de personas asesinadas en ataques de lobos solitarios era ya más del doble que en la década de los 2000: una epidemia propagada miméticamente, en foros de jugadores de videojuegos y canales de la industria social de extrema derecha. La violencia supremacista blanca se ha disparado desde 2010, mientras que en Estados Unidos se producían tiroteos masivos al ritmo de más de uno al día en 2019. El crecimiento de grupos paramilitares de derechas se puede observar desde Europa Central y Oriental hasta Estados Unidos, junto con el de ideologías religiosas apocalípticas y cultos conspirativos milenaristas, desde la extremadamente popular serie «Left Behind» hasta QAnon.¹¹

El aumento de la violencia política, incluso cuando otras formas de delincuencia violenta han disminuido durante treinta años, indica, según Bertho, una grave crisis de la acción política. Desde 2008, esta crisis se ha visto exacerbada por la repentina y aguda toma de conciencia de la desigualdad, inflamada por el agravamiento de las «desigualdades horizontales», como el racismo en Estados Unidos o la opresión comunitaria en la India. Como documenta Gudrun Østby del Instituto de Investigación para la Paz de Oslo, la violencia política está fuertemente correlacionada con la magnitud de este tipo de desigualdades, especialmente cuando los mecanismos democráticos no funcionan para mitigarlas.¹² Y cuanto más degeneren los ya débiles sistemas democráticos y más incapaces de absorber estas

11. Bertho, A. (2018), *The Age of Violence: The Crisis of Political Action and the End of Utopia*, Verso, Londres y Nueva York; Spaaij, R. (2011), *Understanding Lone Wolf Terrorism Global Patterns, Motivations and Prevention*, Springer, p. 32; Hamm, M. S., y Spaaij, R. (2017), *The Age of Lone Wolf Terrorism*, Columbia University Press, Nueva York; Worth, K. (2016), «Lone Wolf Attacks Are Becoming More Common – And More Deadly», *PBS Frontline*, 14 de julio de 2016; Kan, P. R. (2019), *The Global Challenge of Militias and Paramilitary Violence*, Palgrave Pivot, 2019.
12. Østby, G. (2013), «Inequality and political violence: a review of the literature», *International Area Studies Review*, 16(2), pp. 206-231.

crisis se vuelvan, mayor será el riesgo de explosiones violentas. Fue este panorama melancólico, latente y violento el que produjo una serie de avances de una variopinta asociación de demagogos, redes y partidos de extrema derecha, desde el arrollador triunfo de Orbán en las elecciones parlamentarias húngaras de 2010 hasta la victoria de Narendra Modi en las elecciones generales indias de 2014, la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea (Brexit) impulsada por la extrema derecha y el ascenso de Trump a la Casa Blanca en 2016, la sorprendente victoria de Jair Bolsonaro en Brasil en 2018 y el ascenso de la ultraderechista Liga Norte italiana al Gobierno de coalición con el populista Movimiento Cinco Estrellas ese mismo año.

Los gobernantes han sido extremadamente indulgentes con estas fuerzas. En 2019, Narendra Modi fue reelegido en la India, con una oscilación del 6 % a su favor, bajo el programa de despojar a los musulmanes de sus derechos de ciudadanía y de aplastar violentamente a la oposición en la Cachemira ocupada. La coalición gobernante sumó 57 millones de votos a su total, elevándolo a 229 millones de votos. El índice de aprobación de Modi, incluso después de que sus leyes prometidas provocaran protestas masivas de la oposición y perdonaran oficialmente los pogromos contra los musulmanes, sigue siendo superior al 70 %. También en 2019, una campaña del nacionalismo favorable al Brexit dio al Partido Conservador del Reino Unido el 44 % de los votos en una plataforma «outsider» y anti-Westminster, después de casi una década en el cargo. En Filipinas, las elecciones de mitad de mandato dieron al partido del presidente Rodrigo Duterte, PDP-Laban, el 56 % de los votos tras dos años de escuadrones de la muerte y asesinatos parapoliciales de miles de drogadictos. Los índices de aprobación de Duterte han rondado durante mucho tiempo el 90 %. Su sucesor consagrado, Bongbong Marcos, hijo del fallecido dictador Ferdinand Marcos, ganó las elecciones generales de 2022 con el 59 % de los votos: un porcentaje significativamente superior al 39 % de Duterte en 2016. En 2022, el partido de Orbán, Fidesz, obtuvo casi un 5 % de votos a su favor, a pesar de que los partidos de la oposición apoyaron a un único candidato. Otros partidos de extrema derecha también

parecen estar a punto de lograr el éxito. En Francia, la candidata presidencial de extrema derecha Marine Le Pen ha llegado dos veces a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, obteniendo un 33,9 % en 2017 y subiendo al 41,5 % en 2020. En Italia, la Liga Norte ha sido superada como el partido principal de extrema derecha por Hermanos de Italia, que hace alarde de su asociación con el pasado fascista del país. Tras las elecciones generales de septiembre de 2022, fue el principal partido del Parlamento italiano y formó gobierno en alianza con la Liga Norte, Forza Italia y un pequeño partido de centroderecha, Noi Moderati. En noviembre de 2023, dos nuevos líderes de extrema derecha ascendieron al poder, ya que el «libertario» de derechas Javier Milei ganó la presidencia con el 55 % de los votos, sobre la base de una campaña de guerra cultural contra la izquierda, y el Partido por la Libertad del islamófobo de extrema derecha Geert Wilders obtuvo la mayor proporción de votos, el 23 %, en las elecciones generales neerlandesas.

En esta perspectiva a largo plazo, la derrota de Trump en 2020 y la de Bolsonaro en 2022 parecerían oscilaciones predecibles en el patrón general de ascenso. De hecho, aunque Trump repelió a más gente de la que atrajo en 2020, su base se amplió en más de diez millones de votos: muchos de estos votos se acumularon en «bastiones» demócratas como el condado de Miami-Dade en Florida, el valle de Río Grande en Texas y partes desiertas, en declive y despobladas del Cinturón de Óxido, así como en condados profundamente azules que contienen grandes ciudades como Milwaukee, Detroit y Filadelfia. Trump aumentó su voto en los condados con las tasas más altas de desempleo, y entre casi todos los grupos demográficos excepto los hombres blancos, incluidos musulmanes, latinos y hombres negros. Por eso, a pesar del daño a su reputación causado por el golpe frustrado, es el candidato republicano en las elecciones presidenciales de 2024. En el momento de escribir estas líneas, los sondeos de opinión lo sitúan dos puntos por delante de su probable rival, la vicepresidenta Kamala Harris.¹³

13. Mueller, J. (2024), «Harris vs. Trump: What the polls tell us», *Hill*, 21 de julio de 2024.

Lo que ocurrió el 6 de enero de 2021 fue una reunión fugaz de los elementos estadounidenses de esta tormenta, catalizada por el temor a un colapso civil. La intensificación de la crisis ecológica, manifestada en graves incendios forestales, tormentas y una pandemia pronosticada desde hacía tiempo aceleró el clima de miedo social existente. Estados Unidos, mal dirigido y preparado para hacer frente a la situación dada su disfuncional infraestructura sanitaria privatizada y su escaso sistema de bienestar social, abandonó a millones de personas a su suerte a medida que el covid-19 se extendía. En la subsiguiente situación de pánico surgieron brotes de preparacionismo, aumentó la posesión de armas por parte de compradores primerizos que preveían una guerra civil, la escasez de bienes de primera necesidad colapsó un precario civismo y se alcanzaron las tasas más altas de homicidio en décadas.

La derecha nacionalista estadounidense explicó la crisis valiéndose de sus términos maniqueos. La pandemia debía ser obra de una superpotencia china en ascenso que amenazaba la confianza de Estados Unidos en sí mismo. El distanciamiento social debía ser obra de un insidioso complot comunista o satánico que se cocía en las altas esferas del gobierno. Cuando el sádico asesinato policial de George Floyd provocó el mayor movimiento de protesta de la historia de Estados Unidos, los barrios blancos padecieron una anarquía desatada por marxistas. Las milicias estadounidenses, las bandas de motoristas nacionalistas blancos y las fuerzas parapoliciales armadas –Patriot Prayer, Proud Boys, Three Percenters, Boogaloo Boys y nuevos grupos surgidos de la noche a la mañana como Utah Citizens’ Alarm– tomaron las calles. En algunos casos, la propia policía, evidentemente aliviada al descubrir que el tradicional apoyo de la sociedad civil no había desaparecido, acogió abiertamente a estas fuerzas o cooperó con ellas.¹⁴

14. En Kenosha (Wisconsin), la policía dijo a los miembros de grupos parapoliciales: «Agradecemos que estéis aquí». «17-Year-Old Arrested After 2 Killed During Unrest in Kenosha», *Associated Press*, 27 de agosto de 2020; el jefe de policía de Kenosha defendió a los elementos parapoliciales y culpó a los manifestantes a los que disparó Kyle Rittenhouse de sus propias muertes. Stahl, J. (2020), «Kenosha Police Chief Blames Protesters for Their Own

Cuando estallaron los incendios forestales en Oregón, los elementos parapoliciales tomaron el control de las calles, encañonaron a los periodistas y barrieron la zona en busca de terroristas «Antifa» a quienes ellos, y algunos altos cargos policiales, culpaban de las llamas. Finalmente, a medida que se acercaban las elecciones, el Partido Republicano hizo saber que se avecinaba el colapso de la civilización, que las elecciones estaban siendo robadas, que los barrios residenciales estaban siendo atacados y que el comunismo estaba manejando los hilos. El incoherente pastiche de bricolaje conspirativo, alucinaciones anticomunistas, teorías sensacionalistas sobre una maldad sexual radical y milenarismo teológico que abarcaba la esfera pública desde los foros online hasta la Casa Blanca lo explicaba todo: las grietas y tensiones de la civilización, la mermada confianza en sí mismo de Estados Unidos, los sustos y sobresaltos repentinos de un mundo en crisis. He aquí una manifestación local de lo que los teólogos cristianos llaman «kairós»: la contracción e intensificación del tiempo.

Estas rupturas no son hechos aislados. Son demasiado constantes a lo largo del tiempo, y demasiado globales, como para explicarse por factores locales como la respuesta de un supremacismo blanco debilitado, granjas de *trolls* rusos o «malos actores» que difunden desinformación. Forman parte de un ciclo político más largo en el que podemos ver lo que Gramsci denominó «la acumulación molecular de elementos destinados a producir una “explosión”». ¹⁵ Resulta útil distinguir entre lo que el historiador Fernand Braudel describió como

Deaths, Defends Vigilante Groups», *Slate*, 26 de agosto de 2020; Alexander Reid Ross documentó catorce casos de colaboración entre la policía y las fuerzas parapoliciales blancas. En un caso, la policía se mantuvo al margen mientras elementos armados con bates y martillos golpeaban a quienes creían que eran manifestantes de Black Lives Matter. Knefel, J. (2020), «Police and Racist Vigilantes: Even Worse Than You Think», *The American Prospect*, 10 de septiembre de 2020; Mathias, C. (2020), «White Vigilantes Have Always Had a Friend in Police», *Huffington Post*, 28 de agosto de 2020.

15. Gramsci, A. (2005), «Americanism and Fordism», en Hoare, Q., y Smith, G. N. (eds.), *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*, Lawrence & Wishart, Londres, p. 409.

el acontecimiento, el ciclo y la *longue durée*.¹⁶ El acontecimiento es el tema familiar de las noticias diarias y los muros adrenalínicos de las redes sociales. La *longue durée* describe una estructura subyacente del comportamiento humano que se mantiene durante siglos, como el capitalismo o el colonialismo. Cuando pensamos en la *longue durée* del presente estamos pensando en la forma en que esas estructuras siguen provocando ciertos patrones –crisis económicas, caos político, violencia– a lo largo del tiempo. Esta es una de las razones por las que los años treinta nos parecen una metáfora tan rica: hay similitudes asombrosas entre la Gran Depresión que siguió al crac bursátil de 1929, con sus tumultuosas consecuencias políticas, y la Gran Recesión que sigue a la crisis crediticia.

La duración de medio plazo, el ciclo, describe un periodo de algunas décadas en el que un conjunto de cambios o conflictos sociales germina, se desarrolla y madura. Ejemplos de ciclo serían la revolución industrial (1760-1840), la guerra civil europea (1914-1945) o la era de la globalización neoliberal (1980-2008). Los resultados políticos de los últimos años nos indican en qué tipo de ciclo estamos entrando. En medio de la descomposición del viejo *establishment* y de la debilidad comparativa de los movimientos de izquierda, estamos entrando en un ciclo de revanchismo nacionalista. Las persistentes patologías de crueldad y privación incorporadas a la vida cotidiana, una versión de lo que el ecologista Rob Nixon denomina «violencia lenta», han erupcionado en una violencia espectacular.

No es la economía, estúpido. Ni siquiera es la supervivencia física. En India, Filipinas, Brasil y Estados Unidos, los pogromos, el populismo de escuadrones de la muerte, las milicias de extrema derecha y la violencia policial y paramilitar son las fuerzas motrices del éxito nacionalista. No ofrecen crecimiento, sino la oportunidad de destruir al vecino. ¿No es esto lo que ocurre cuando la civilización se desmorona?

16. Braudel, F. (2009), «History and the Social Sciences: The Longue Durée», *Review*, 32(2), pp. 171-203.

III.

Hitler masacró a tres millones de judíos [...]. Hay tres millones de drogadictos [...]. Estaría encantado de masacrarlos.

—Rodrigo Duterte¹⁷

Este bosquejo renuncia deliberadamente a comenzar describiendo el ascenso de Trump, Modi, Duterte y Bolsonaro como una toma del poder por parte de «hombres fuertes», «autoritarios» o «fascistas». El inimaginable ascenso de los nacionalistas de derechas reviste una enorme importancia. Sus técnicas de celebridades online, su cínico aprovechamiento de sistemas políticos estancados y su política de la crueldad han sido amplia y justamente estudiados. Los principales Estados en los que han alcanzado el gobierno —India, Estados Unidos, Filipinas y Brasil— se encuentran entre los más poblados del mundo. Juntos suman más de 2.000 millones de personas.

Aunque la tendencia al «hombre fuerte» es real, estos gobernantes son celebridades de extrema derecha, no déspotas. Han llegado al poder por medios electorales, no mediante el ejército o los paramilitares. Han tendido a conservar el sistema electoral mayoritario en lugar de tratar de abolirlo. A excepción de Modi, cuyo control de la vida pública india se ve reforzado por un partido de masas (el BJP) y un movimiento paramilitar nacionalista hindú (el Rasthriya Swayamsevak Sangh, RSS), carece de una base civil sólida en la que apoyarse. Las condiciones de su ascenso son negativas: el estancamiento de las instituciones parlamentarias, el declive de la autoridad de las viejas élites políticas y la descomposición de la vida social (como documentaron, para el caso de Estados Unidos, Robert Putnam y Theda Skocpol).

Es habitual comparar su política con el fascismo, sobre todo en los *bestsellers* estadounidenses sobre Trump. El fascismo histórico, sin embargo, fue el producto de un mundo ya pasado. En Europa,

17. Holmes, O. (2016), «Rodrigo Duterte vows to kill 3 million drug addicts and likens himself to Hitler», *Guardian*, 1 de octubre de 2016.

el de una lucha de clases devenida guerra civil que se extendió violentamente desde Rusia hasta Francia, de turbulentos procesos de modernización y urbanización, de una tiranía racial que adoptó la forma de la segregación, y del colonialismo y de presiones que empujaban hacia la guerra mundial. Ese mundo acuartelado y altamente estratificado ya no existe, aunque movimientos como Black Lives Matter estén denunciando urgentemente sus violentas secuelas. El nacionalismo del desastre actual no es, con la excepción de la extrema derecha israelí, colonialista. El atractivo del imperialismo para los movimientos fascistas reside en su reivindicación de la raza y la violencia como principios de vida, en su afirmación de la jerarquía antidemocrática, en su promesa de reconstrucción a través de lo que Bismarck llamaba «sangre y hierro» (*Blut und Eisen*) y de alcanzar el sentido espiritual a través de un encuentro con la muerte. La extrema derecha actual tiene una relación mucho más ambigua con el imperialismo: aunque muchos soldados estadounidenses se han radicalizado en las líneas de frente de Irak y Afganistán, las instituciones del imperialismo estadounidense se consideran demasiado «*woke*» y cómplices del proyecto «globalista».

El nacionalismo del desastre tampoco reivindica el anticapitalismo revolucionario, como hizo el fascismo antes de tomar el poder. Al contrario, sugiere que los problemas del desarrollo capitalista –tanto en países en ascenso de renta media como Filipinas, India o Brasil, como en potencias en declive como Estados Unidos– pueden superarse si se prescinde de leyes sobre derechos humanos, controles ambientales, negociaciones parlamentarias y acuerdos internacionales debilitantes. Sus líderes, de Trump a Modi, se presentan a menudo como autócratas empresariales, masculinos y testarudos, capaces de aunar fuerzas y «hacer que las cosas funcionen». El capitalismo hipertrofiado es su débil propuesta utópica.

Esta nueva extrema derecha puede ser «posfascista», como sostiene Enzo Traverso, o puede representar una imitación espectral del fascismo, como apunta Samir Gandesha.¹⁸ Creo que los líderes

18. Traverso, E. (2019), «From Fascism to Posfascism» en *The New Faces of Fascism: Populism and the Far Right*, Verso, Londres y Nueva York; Gandesha, S. (2020),

del nacionalismo del desastre son los pioneros de un nuevo tipo de fascismo, pues, en cierto modo, siempre somos *prefascistas* mientras no se hayan abolido las condiciones para el fascismo. Pero lo que sea que surja no será un cosplay de los años veinte y treinta. Además de todo esto, la experiencia fascista no empezó ni terminó con la crisis de entreguerras. Según Rick Saull, el distintivo modelo político de extrema derecha, que combina paramilitarismo y liderazgo carismático, se remonta a 1848 y a la reacción contra las revoluciones que se extendieron por Europa ese año. La popularización del nacionalismo irracionalista y antidemocrático también puede remontarse a la segunda mitad del siglo XIX. Arthur Rosenberg, escribiendo poco después de que Hitler tomara el poder, observó que antes de que el fascismo se convirtiera en un partido-estado debía ser un «movimiento de masas» arraigado en los sentimientos de millones de personas. Antes de que fuera un movimiento de masas, millones de personas debían ser corrompidas con ideas *völkisch*, etnonacionalistas. Si el fascismo de entreguerras ha de ser el punto de referencia histórico con el que midamos el nuevo nacionalismo, entonces sería apropiado comenzar por donde lo hace el fascismo. Comienza, en palabras de los filósofos Gilles Deleuze y Félix Guattari, como un levantamiento «molecular», con microfascismos bullendo en masas de gente. Hoy en día nos encontramos en los albores de un nuevo fascismo.¹⁹

El modelo apropiado para analizar la fase actual de nacionalismo político no es, por lo tanto, el del «hombre fuerte», del dictador militar o del partido-estado. Es el del brote contagioso: la «peste parda», como la llamó Daniel Guérin (fue en parte a raíz de las observaciones de Guérin sobre la naturaleza del fascismo en Alemania

Spectres of Fascism: Historical, Theoretical and International Perspectives, Pluto Press, Londres.

19. Saull, R. (2023), *Capital, Race and Space, Volume I: The Far Right from Bonapartism to Fascism*, Studies in Critical Social Sciences, 245, Brill, Leiden; Rosenberg, A. (2012), «Fascism as a Mass Movement (1934)», *Historical Materialism*, 20(1), pp. 144-189; Deleuze, G., y Guattari, F. (1987), *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*, University of Minnesota Press, Mineápolis, MN, pp. 214-215.

que Deleuze y Guattari derivaron su concepto de microfascismo). En términos actuales, la extensión de asesinatos de lobos solitarios y tiroteos masivos, de elementos parapoliciales caseros, milicias en red, cazadores de brujas conspiranoicos y pogromistas puede denominarse contagio social.

A finales del siglo XIX, el sociólogo francés Gabriel Tarde desarrolló una innovadora teoría del contagio social. La «transmisión del movimiento de un cuerpo a otro», escribió, tenía lugar primero en las microrrelaciones formadas más allá del ámbito de la representación. En ese momento no era ni consciente ni cognitiva. Una moda que se vuelve tendencia, o un microfascismo, puede comenzar con un encuentro involuntario y accidental entre dos nodos de una red, desencadenando un acontecimiento-deseo. A partir de ahí, el deseo se propaga en un flujo molecular de «rayos imitadores», desafiando creencias y valores codificados, forzando la adaptación a una nueva tendencia, produciendo nuevos híbridos. Así surge el nuevo virus: la invención social. Desde los trabajos de Tarde, la investigación sobre los contagios sociales y emocionales ha verificado que los procesos de transmisión se producen a menudo más allá del ámbito de la conciencia. En una conversación, las personas implicadas tienden a imitar y sincronizar sus movimientos sin pensar en ello, ajustándose a los nuevos estímulos en un plazo de 125 a 200 milisegundos. Del mismo modo, los estados emocionales tienden a sincronizarse en parte a través de los diminutos gestos de las expresiones faciales.²⁰

El problema es que, aunque es posible ver cómo estos procesos subconscientes pueden desarrollarse en la extremada rapidez de Internet, los contagios sociales no se propagan sin un mínimo de reflexión consciente. De hecho, la propia noción de contagio social no es más que una metáfora cautivadora que, al tratar las

20. Guérin, D. (1994), *The Brown Plague: Travels in Late Weimar and Early Nazi Germany*, Duke University Press, Durham, NC, y Londres; Tarde, G. (1972), *Social Laws: An Outline of Sociology*, Macmillan, Nueva York, p. 4; Tarde, G. (2010), «Opposition (1898)», en Clarke, T. N. (ed.), *Gabriel Tarde on Communication and Social Influence: Selected Papers*, University of Chicago Press, Chicago y Londres, p. 170; Hatfield, E., Cacioppo, J. T., y Rapson, R. L., *Emotional Contagion*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 10-12, 19, 36 y 50.

tendencias sociales como si fueran similares a partículas virales, permite a los teóricos abstraerse de las intenciones de quienes las adoptan para centrarse únicamente en los mecanismos de transmisión. Una vez que se retorna a la intención, queda claro que hay umbrales de adopción. En su trabajo sobre los contagios sociales, Damon Centola distingue entre contagios «simples» y «complejos». Un contagio simple, como un virus o una idea de marketing, tiene un bajo umbral de adopción y transmisión. Los contagios de este tipo se propagan más rápidamente a través de redes ampliamente distribuidas con muchos «vínculos débiles», por ejemplo, Internet. Los contagios complejos, como los movimientos sociales, tienen umbrales de adopción más altos. Requieren que los potenciales adoptantes reflexionen intensamente sobre la causa, los costes de participar en ella y sus valores presentes. Incluso para la mayoría de la gente requiere la aprobación de sus compañeros. Como señalan Doug McAdam y Ronnelle Paulsen en su trabajo sobre los derechos civiles, la decisión de participar en un movimiento depende de la respuesta que obtengamos de «un subconjunto significativo de [nuestras] relaciones». Un contagio así se propaga más rápidamente en una red del estilo de una comunidad con base geográfica, que es muy redundante: es decir, donde mucha gente conoce a la misma gente. De hecho, así es como se han propagado la mayoría de los movimientos sociales, en oleadas geográficas. Como explica Centola: «Mientras que los contagios simples se propagan más eficazmente cuando los puentes son largos, los contagios complejos dependen de puentes que sean anchos».²¹

El nacionalismo del desastre, a pesar de la complejidad de las ideas y los estados de ánimo que implica, se propaga como si fuera un contagio simple: encuentra sus principales caminos en las redes de comunicación, no en los barrios y vecindarios, ni tampoco en las reuniones políticas. De hecho, desde el manifiesto del «lobo solitario» hasta la historia de las «fake news», es conscientemente *memético*. Por

21. Centola, D. (2018), *How Behavior Spreads: The Science of Complex Contagions*, Princeton University Press, Princeton, NJ, pp. 37, 40, 41 y 44. McAdam y Paulsen citados en Centola, pp. 35-37.

ejemplo, Anders Behring Breivik, el autor del manifiesto original del «lobo solitario» –poco más que un pastiche de materiales copiados de sitios web de derechas, autobiografías, libros de autoayuda para hombres y fantasía apocalíptica– describió sus asesinatos como material publicitario para su manifiesto, lo que facilitó su difusión. Los manifiestos posteriores, autopublicados, han tomado prestado de Breivik su contenido y han sido propagados febrilmente en foros de extrema derecha por manadas de lobos solitarios.

Todo contagio social exitoso, ya sea un meme, un accesorio de moda, un nuevo artilugio excitante o una campaña política, sigue en su difusión un patrón de curva en forma de S. Al principio, la adopción es tan lenta que parece estancada. Luego llega un momento de aceleración y despegue. Por último, la difusión se estabiliza antes de alcanzar su límite superior, conocido como «asíntota». Las violentas aceleraciones mencionadas arriba son parte de la pendiente ascendente de la curva en forma de S, el momento en que el contagio despegue. Esto comenzó mucho antes de las recientes rupturas políticas.

Si la vida civil dista mucho de ser dinámica, ¿cómo se propaga tan rápidamente el contagio? ¿Cómo llegan las masas «espontáneamente» a estas ideologías que tan poco apoyo organizado tienen en la sociedad civil? La conclusión es que el umbral de adopción de estas ideas es más bajo de lo que habíamos supuesto, o que se ha reducido sistemáticamente.

IV.

El sistema de sacrificios que une a los ciudadanos estadounidenses tiene una bandera sagrada en su centro. Los rituales patrióticos la veneran como la encarnación de un sanguinario dios totémico que organiza la energía asesina.

—Carolyn Marvin y David Ingle, *Blood Sacrifice and the Nation: Totem Rituals and the American Flag*.²²

¿Por qué, si hay una crisis de civilización, son tantos los que trabajan para acelerar su fin? En mi opinión, las fantasías apocalípticas del nacionalismo del desastre se basan en una ambivalencia generalizada respecto a la civilización que incluye necesariamente un odio hacia todo lo civilizado y un deseo oculto de que se descomponga, así como la necesidad de verse reafirmado en que al final el desastre se terminará arreglando. Esto, como sugieren las novelas de catástrofes, las películas apocalípticas, el infotretenimiento del «final de los tiempos» y ahora el nacionalismo del desastre, es muy rentable. Acumula capital y almas.

En 1929, cuando el inicio de la Gran Depresión estaba a punto de catapultar a los nazis al poder, Sigmund Freud estaba trabajando en una forma de explicar tales tendencias. En una breve pero extravagante obra de metapsicología pesimista, *El malestar en la cultura*, sostenía que, a pesar de todos sus beneficios, la civilización también nos enferma. Debemos renunciar a demasiadas satisfacciones eróticas y agresivas en nombre del amor al prójimo y el civismo, algo que no se da de forma natural y que acarrea la infelicidad. Si esto no se redimiera con ventajas materiales que nos facilitaran la vida, sugirió Freud, conduciría a un grave trastorno. Los efectos curativos de la incivildad, a medida que millones de personas abandonaran su respetable y políticamente correcto yo y abrazaran con orgullo su maldad reivindicativa y autodestructiva, estaban abocados a desembocar en otra explosión del tipo de la que anteriormente había convertido a los judíos en los chivos expiatorios de Europa.²³

El estrecho enfoque psicológico de Freud acerca de la sexualidad y la agresión probablemente le llevara a subestimar las cargas de la civilización y la importancia de su distribución desigual: la sociedad

22. Marvin, C., y Ingle, D. (1999), *Blood Sacrifice and the Nation: Totem Rituals and the American Flag*, Cambridge University Press, Cambridge, p. 1.

23. Freud, S. (2002), *Civilization and its Discontents*, Penguin, Londres y Nueva York.

de clases engendra resentimiento, envidia, rencor, ansiedad, depresión y rabia. Sus colegas más radicales, como Wilhelm Reich y Erich Fromm, trataron de indagar más profundamente en las estructuras de la familia y el capitalismo de la civilización moderna y en las vidas emocionales subterráneas que sustentan los brotes fascistas. Más tarde, el psicoanálisis sería utilizado por Octave Mannoni y Frantz Fanon para explorar el impacto oscuro y descivilizador del colonialismo.

Lo que une los estallidos sin aparente sentido y aleatorios de violencia individual y colectiva de los últimos años es otro aspecto de la civilización moderna: el Estado-nación. La popularidad del nacionalismo es, en cierto modo, extremadamente extraña. A menudo se nos dice que lo que le importa a la mayoría de la gente son las cuestiones del pan de cada día. Sin embargo, la nación es una abstracción política que obtiene el apoyo sincero de millones de personas que desean cosas totalmente distintas y contradictorias. La nación ha sido objeto de culto, concebida como un dios o una diosa, de modo que el nacionalismo puede considerarse una religión idólatra. El teólogo David Ritchie llega a calificarlo de religión demoníaca que, en Estados Unidos, ha superado el cristianismo «mediante el poder de la seducción». El poder del nacionalismo se debe en parte a su ambigüedad política, que incluye desde el nacionalismo anticolonial hasta el nacionalismo cívico escocés, pasando por el etnonacionalismo hindú. Tiene una larga historia de asociación con la extrema derecha, pero también ha servido de base a proyectos políticos de la izquierda democrática. Puede expresarse en formas cotidianas, lo que Michael Billig denomina «nacionalismo banal», y también en acontecimientos simbólicos extravagantes como los torneos de fútbol.²⁴ Es tan predominante que su existencia se da por sentada.

Sin embargo, la historia del nacionalismo dista mucho de ser banal. En sus orígenes, fue un proceso civilizador, una forma de

24. Ramaswamy, S. (2010), *The Goddess and the Nation: Mapping Mother India*, Duke University Press, Durham, NC, y Londres; Ritchie, D. A. (2022), *Why Do the Nations Rage?: The Demonic Origin of Nationalism*, Wipf & Stock, Eugene, OR, p. 20. Billig, M. (1995), *Banal Nationalism*, Sage, Londres.

ordenar el turbulento proceso de hacer coexistir a masas de personas bajo el mismo orden político, religioso y económico. Y como proyecto civilizador, encarna muchas de las tendencias contradictorias que Freud identificó. Los primeros gérmenes del nacionalismo, como muestra el historiador Anthony Marx, aparecieron en el contexto de una ferviente expectación apocalíptica, en medio de la guerra civil religiosa y el miedo al anticristianismo triunfante. En sus inicios, el nacionalismo estaba obsesionado con la conspiración subversiva, desde la caza de brujas de la Guerra Civil inglesa hasta la caza de traidores de los revolucionarios estadounidenses. Los Estados-nación modernos se fundaron, como observa Heather Rae, sobre conversiones forzadas, represión y «desplazamientos masivos», a menudo en el contexto de la guerra. Entre estos acontecimientos traumáticos se encuentran la expulsión de moriscos y judíos de España, la ilegalización del protestantismo francés y la huida de los hugonotes, los violentos «intercambios de población» entre Grecia y Turquía a principios del siglo xx y las masacres comunales durante la partición de la India y Pakistán.²⁵

Por violenta que fuera la nacionalización, pretendía evitar un colapso mucho más temido a principios de la Edad Moderna. Se suponía que el Estado-nación unificaría al pueblo, hasta el punto de que sus gobernantes trataron de suprimir incluso el recuerdo del conflicto social. El absolutismo francés exigió que la masacre del día de San Bartolomé, en la que turbas de católicos franceses masacraron a protestantes, fuera tratada como si nunca hubiera ocurrido. La Restauración inglesa hizo necesaria una Ley de Indemnización y Olvido para perdonar los crímenes cometidos durante la Guerra Civil.

Sin embargo, la nacionalización de las masas no erradicó el conflicto civil. Le otorgó una nueva expresión. La guerra forjaba las naciones definiéndolas frente a un enemigo exterior. La colonización, la servidumbre y la esclavitud, desde Irlanda hasta las Américas,

25. Marx, A. W. (2003), *Faith in Nation: Exclusionary Origins of Nationalism*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York; Rae, H. (2003), *State Identities and the Homogenisation of Peoples*, Cambridge University Press, Cambridge, Nueva York y Melbourne, p. 2.

desde la India hasta el Caribe, definieron a la nación frente a sus inferiores, que, al carecer entonces de Estados-nación, se decía que se encontraban más allá de la ley y la civilización. Por último, las naciones solían tener sus inferiores internos (los explotados) y sus enemigos (los reprimidos). Mientras que las clases inferiores podían ser vigiladas y seducidas, las minorías religiosas y étnicas eran objeto de exigencias de conversión y asimilación forzadas, cuando no de expulsión o muerte. Estos procesos de coacción, persuasión moral y violencia excluyente se combinaron en el poco estudiado fenómeno del siglo xx de la caza de brujas y las masacres anticomunistas, que solían recaer duramente sobre minorías impopulares.

A pesar de lo represora que podía ser esta nueva civilización, podía resultar extremadamente permisiva con quienes hacían sufrir a los enemigos de la nación. Un hombre blanco con dinero en los Estados Unidos anteriores a la guerra civil podía hacer prácticamente cualquier cosa con los esclavos negros de los que era propietario. En la cuenca del Amazonas, Sir Roger Casement documentó alarmado cómo la Peruvian Amazon Company cazaba, encadenaba, azotaba, asesinaba, violaba y esclavizaba a los indios putumayos sin consecuencias. En la Australia bajo dominio británico, Sir Arthur Gordon descubrió que «hombres cultos y refinados» hablaban tanto de «carnicerías al por mayor» como de «asesinatos individuales de nativos, exactamente igual que hablarían de un día de deporte o de la necesidad de matar a algún animal molesto».²⁶

Estos ejercicios de omnipotencia personal se entretejían en rituales de supremacismo nacional, étnico y racial en los que millones de personas podían participar de cierta manera. W. E. B. Du Bois, escribiendo sobre la esclavitud anterior a la guerra, describió cómo los trabajadores blancos de bajos ingresos obtenían una compensación

26. Sobre la supuesta omnipotencia de los esclavistas blancos en el Sur antes de la guerra y la ausencia de una «mirada de la vergüenza», véase George, S. (2016), *Trauma and Race: A Lacanian Study of African American Racial Identity*, Baylor University Press, Waco, TX, pp. 2-3. Mitchell, A. (1997), *The Amazon Journal of Roger Casement*, Anaconda Editions, Londres; Gordon citado en Tatz, C. (2003), *With Intent to Destroy: Reflecting on Genocide*, Verso, Londres y Nueva York, p. 79.

por su subordinación, un «salario público y psicológico», por el hecho de participar de la dominación. Podían votar, eran tratados con cierta cortesía y recibían deferencia y sumisión por parte de los negros, a quienes se les permitía insultar y maltratar. Los linchamientos eran «una suerte de fiesta romana permitida para el entretenimiento de los crueles blancos». Corey Robin, describiendo la innovación que esto representó en el pensamiento reaccionario, lo llama «la forma por excelencia de feudalismo democrático», pues ofrecía a la gente corriente una manera de participar de la dominación. Por ardua que pueda ser la civilización moderna, ofrece contrapartidas supremacistas. Y estas contraprestaciones, para aquellos que las aceptan, también funcionan como una justificación espuria de la desigualdad violenta, una prueba tangible de su inevitabilidad: todos patean a quien tienen debajo. E incluso con estas desigualdades, el nacionalismo promete unidad. Dice: estamos todos juntos en esto, el pueblo y el Estado son uno.²⁷

El nacionalismo del desastre aparece cuando esta unidad ya no es plausible y las contrapartidas del nacionalismo se ven amenazadas. La amenaza apocalíptica, desde este punto de vista, no es una plaga, un incendio forestal, o el desastre ecológico. Es la liquidación de la distinción social. El miedo nacionalista a la «ideología de género», desde el este de Europa hasta América Latina, es el miedo a que los hombres se conviertan en mujeres. El miedo a Antifa y Black Lives Matter es el miedo a que, como el historiador David Starkey se quejó una vez, los blancos se vuelvan negros. El miedo al «comunismo» es el miedo a que los ricos, e incluso los moderadamente acomodados, se conviertan en pobres. Y este caos se ve amenazado por los «marxistas culturales» y los «teóricos críticos de la raza» que difaman al Estado-nación, insistiendo en la actualidad y relevancia de su oscura historia, como la de la esclavitud en el caso estadounidense. Cuando los niveles de vida se reducen y las fuentes de ingresos se

27. Du Bois, W.E.B. (1953), *Black Reconstruction: An Essay Towards a History of the Part Which Black Folk Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1880*, Harcourt, Brace & Company, Nueva York, pp. 700-701; Robin, C. (2018), *The Reactionary Mind: Conservatism from Edmund Burke to Donald Trump*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, p. 90.

vuelven más precarias, quienes hasta ahora se sentían valorados por la sociedad experimentan esta pérdida de distinción como un empobrecimiento masivo de su ser, equiparable a la caída de la civilización. Una caída que solo puede describirse en términos de parábolas emocionalmente persuasivas sobre el «genocidio blanco» o el abuso infantil que cometen las élites. Y contra cuyo terror, los nacionalistas del desastre ofrecen una descivilización curativa: la restauración violenta, seguida de la risa y el olvido.

V.

A pesar de toda su violencia, el registro emocional del nacionalismo del desastre es a menudo sorprendentemente optimista. «Vienen buenos tiempos», prometen los nacionalistas hindúes. «Vamos a ganar», prometía Trump. Ganar muchísimo. Se habla mucho de orgullo: orgullo nacional, orgullo blanco, orgullo masculino, orgullo cristiano, orgullo hindú; de los Proud Boys. Como si el nacionalismo fuera un moderno movimiento en favor de la autoestima. Como si los corazones de los votantes nacionalistas estuvieran secretamente enfermos de tristeza, vergüenza y odio a sí mismos, desesperados por convertirse, por cambiar política y personalmente.

Hay muchas muestras de disforia colectiva. Es un «mundo frío», en palabras del escritor Dominic Fox, un mundo cada vez más «carente tanto de calor humano como de consuelo metafísico». Los medios con los que se registra esta angustia son torpes e inadecuados: encuestas sobre felicidad que miden un descenso de la satisfacción vital, datos de la Asociación Mundial de Psiquiatría que muestran un aumento de la depresión a medida que crece la desigualdad, una esperanza de vida reducida por el creciente número de «muertes por desesperación» (a causa del alcohol, las drogas o el suicidio), índices sobre confianza que reflejan una vida social cada vez más paranoica y hostil, resultados de diagnósticos que captan la generalización de las enfermedades mentales, investigaciones que revelan que cada nueva generación es menos social y más solitaria, datos económicos que

expresan un descenso de las oportunidades vitales y una movilidad descendente entre clases sociales. La depresión, que alcanzó proporciones epidémicas durante el período del covid-19, era ya endémica en gran parte del mundo. En 2017, la Organización Mundial de la Salud señaló que la prevalencia mundial de la depresión clínica había aumentado un 18 % entre 2005 y 2015. Se había convertido en la principal causa de incapacidad en el mundo. Curiosamente, algunos estudios sugieren que, mientras que el orgullo cívico se corresponde con un mayor «bienestar emocional», el «nacionalismo étnico» parece correlacionarse con uno menor.²⁸

¿Qué hay detrás de esta plaga de depresión, soledad y «muertes por desesperación», y cómo se politizan estas emociones mediante el nacionalismo salvífico? En parte, las sociedades se han vuelto más infelices a medida que se han hecho más desiguales. El aumento de la desigualdad intensifica la percepción de que el nivel de ingresos está amenazado, especialmente entre quienes se encuentran

28. Fox, D. (2009), *Cold World: The Aesthetics of Dejection and the Politics of Militant Dysphoria*, Zero Books, Hampshire, p. 4; Patel, V., Burns, J. K., Dhingra, M., Tarver, L., Kohrt, B. A., y Lund, C. (2018), «Income inequality and depression: a systematic review and meta-analysis of the association and a scoping review of mechanisms», *World Psychiatry*, 17(1), pp. 76-89; Rainie, L., Keeter, S., y Perrin, A. (2019), «Trust and Distrust in America», *Pew Research Center*, 22 de julio de 2019; Gold, M. S. (2020) «The Role of Alcohol, Drugs, and Deaths of Despair in the U.S.'s Falling Life Expectancy», *Missouri Medicine*, 117(2), pp. 99-101; Twenge, J. (2019), «Teens have less face time with their friends – and are lonelier than ever», *The Conversation*, 20 de marzo de 2019; Ballard, J. (2019), «Millennials are the loneliest generation», *YouGov*, 30 de julio de 2019; Bjørnskov, C. (2008), «Social Capital and Happiness in the United States», *Applied Research in Quality of Life*, 3, pp. 43-62; «“Depression: let’s talk”» says WHO, as depression tops list of “causes of ill health”, Organización Mundial de la Salud, 30 de marzo de 2017; Covid-19 Mental Disorders Collaborators (2021), «Global prevalence and burden of depressive and anxiety disorders in 204 countries and territories in 2020 due to the COVID-19 pandemic», *The Lancet*, 398(10312); «COVID- 19 pandemic triggers 25% increase in prevalence of anxiety and depression worldwide», Organización Mundial de la Salud, 2 de marzo de 2022; «Depression and Other Common Mental Disorders: Global Health Estimates», Organización Mundial de la Salud, 2017; Morrison, M., Tay, L., y Diener, E. (2011), «Subjective Well-Being and National Satisfaction: Findings From a Worldwide Survey», *Psychological Science*, 22, p. 166; Reeskens, T., y Wright, M. (2011), «Subjective Well-Being and National Satisfaction: Taking Seriously the “Proud of What?” Question», *Psychological Science*, 22(11), pp. 1460-1462.

más arriba en la jerarquía de clases. Vuelve el fracaso tóxico y la caída en picado mucho más pronunciada. Esto forma parte de un cambio global que ha tenido lugar en los últimos cuarenta años. El neoliberalismo, el nombre de ese cambio, a menudo se denomina engañosamente «fundamentalismo de libre mercado». Pero los neoliberales nunca se opusieron a un Estado grande. A lo que se oponían era a la amenaza que suponía la época de la democracia de masas para la soberanía de los mercados y los inversores. Querían utilizar la política estatal para reformar a los seres humanos, deshacer su creencia infundada en la igualdad y en sus nociones tribales de solidaridad, y acostumarlos a la ley de la competencia universal: «cambiar el alma», como lo expresó Margaret Thatcher.²⁹

Se trata de un sistema paranoico. Desde el punto de vista neoliberal, el «interés público» no existe. Cualquiera que afirme defenderlo es un burócrata hipócrita que busca maximizar su poder, o un parásito en la teta del contribuyente. No existe la «libertad de no estar necesitado»: esta es una mentira perpetuada por vagos y clientelas del Estado privilegiadas. No existe la «sociedad»: los que hablan de sociedad ocultan que están persiguiendo sus propios intereses racionales. Solo hay competidores que operan bajo reglas más o menos justas. El precepto fundacional del neoliberalismo podría ser «todos van a por ti».

Este estado de competencia universal dio lugar a ideologías informales de darwinismo social: una cultura de la imitación de «ganadores» y «perdedores» que convertía en héroes pop a oportunistas despiadados como Trump, y en villanos a los beneficiarios de ayudas sociales. En cualquier sociedad de clases, como señala el sociólogo T. H. Marshall, nos comprendemos a nosotros mismos comparándonos con los demás. El neoliberalismo aumentó enormemente lo que estaba en juego en esa frenética evaluación de estatus. Y esta «muerte por mil comparaciones sociales», como la denomina el psicólogo Oliver James, se volvió tóxica justo en el momento en que los anteriores «unos» corrían el riesgo de convertirse en «nadies».

29. Thatcher en Butt, R. (1981), «Mrs Thatcher: The First Two Years», *Sunday Times*, 3 de mayo de 1981.

Irónicamente, la ventisca de datos sobre la depresión se parece a la experiencia de la depresión: representa el mundo, como dice Fox, en una especie de «objetividad» deformada. Los hechos están ante nosotros, pero carecen de toda pasión o relación con nosotros. La miseria ubicua se representa como una serie de variables que hay que controlar, idealmente mediante la promoción de un estilo de vida burgués que implique ejercicio, buena dieta, *mindfulness*, medicación y autocuidado. A los deprimidos, para bien de gobiernos y empresas preocupados por su estado, se les encarga cuidar mejor de su «capital cognitivo». Nada de esto está haciendo retroceder la plaga de la depresión. Dado que la disforia moderna se manifiesta como «una deflación generalizada del deseo y la capacidad», en palabras de William Davies, decirnos que nos animemos, que nos enfrentemos a los pensamientos negativos y que estemos alegres tan solo empeora las cosas. Además, en las formas de automedicación que prefieren los realmente desgraciados —la adicción a los opiáceos, la violencia, el alcoholismo— el autocuidado es indistinguible de la autolesión. La cura es el suicidio lento.³⁰

El nacionalismo del desastre ofrece otro remedio, que no es ni la felicidad ni la automedicación. La extrema derecha ha rechazado históricamente la felicidad como una extensión de la economía política liberal. No era, se burlaba Mussolini, el verdadero bienestar, sino una degradación de los seres humanos a la condición de ganado. El modelo de renacimiento espiritual preferido por la extrema derecha era la aventura de la guerra, con millones de personas marchando juntas hacia un encuentro vivificante con un desastre que podían matar, emocionadas y excitadas por la perspectiva de la muerte. Como dijo Julius Evola meses antes de la invasión de Etiopía por Mussolini (contra los «negros y otros insectos coloniales»), como los

30. Purser, R. E. (2019), *McMindfulness: How Mindfulness Became the New Capitalist Spirituality*, Repeater Books, Londres, Kindle loc. 2322-60; Burhan, N. A. S., Sabri, M. F., y Rindermann, H. (2023), «Cognitive ability and economic growth: how much happiness is optimal?», *International Review of Economics*, 70, pp. 63-100; Wright, C. (2014), «Happiness Studies and Wellbeing: A Lacanian Critique of Contemporary Conceptualisations of the Cure», *Culture Unbound*, 6, pp. 791-813; Davies, W. (2015), *The Happiness Industry: How the Government and Big Business Sold Us Well-Being*, Verso, Londres y Nueva York, p. 210.

llamaría Evola), el acto heroico del individuo en la guerra, «incluso si es el momento final de su vida terrenal, pesa infinitamente más en la escala de valores que una existencia prolongada consumiéndose monótonamente entre las trivialidades de las ciudades».³¹ El nacionalismo catastrofista no va siempre de precipitarse a la guerra, aunque en Cachemira y Gaza sin duda se nutre de la oportunidad de imponer los límites morales de la nación matando a los enemigos. Pero incluso allí donde no lo hace, aprovecha la inseguridad, la humillación y las miserias de personas de todas las clases para rebelarse contra la civilización liberal, con sus normas pluralistas y democráticas. Ofrece el bálsamo, no solo de la venganza, sino de una especie de reinicio violento que restaura los consuelos tradicionales de la familia, la raza, la religión y la nación, incluida la oportunidad de humillar a los demás. De ahí el lenguaje inflacionista del nacionalismo «*antiwoke*», en el que incluso los esfuerzos tímidos y torpes por desarrollar un lenguaje inclusivo se reciben como una amenaza existencial. El objetivo no es simplemente pellizcar la nariz del superego liberal, sino revigorizar la vida introduciendo una poderosa dosis de violencia, subordinación y muerte.

Esta cura, el pogromismo del sentirse bien, la «píldora roja», derrota fácilmente a la industria de la felicidad con sus desesperanzadores remedios de desaprender los malos pensamientos o eliminar con fármacos una supuesta predisposición genética a la depresión. La terapia y los fármacos acallan los gritos de los afligidos, mientras que el nacionalismo del desastre les da algo por lo que llorar. El nacionalismo del desastre vincula una ansiedad ya generalizada a una serie de objetos fóbicos (musulmanes, comunistas, globalistas, judíos, etc.). Para los que se enfrentan a los demonios de su cabeza, nombra a un demonio mundano al que se puede atacar. Despierta

31. Mussolini, B. (1935), «The Doctrine of Fascism» en *Fascism: Doctrine and Institutions*, Editorial Ardita, Roma, pp. 7-42; Evola, J. (2018), «Sulle forme dell'eroismo guerriero» en «Diorama mensile», *Il Regime Fascista*, 25 de mayo de 1935, en *Pagan Imperialism and Metaphysics of War*, Wewelsburg Archives, 2018, p. 162; Evola citado en Staudenmaier, P. (2020), «Racial Ideology between Fascist Italy and Nazi Germany: Julius Evola and the Aryan Myth, 1933-43», *Journal of Contemporary History*, 55(3), pp. 473-491.

ansiedad, solo para aliviarla momentáneamente con una inyección de confianza y un sentimiento de odio colectivo. Entre las multitudes que corean «construid el muro», «muerte a los árabes» o «Jai Shri Ram», la tensión y la relajación colectivas de los músculos y la secreción de hormonas en grupo actúan como antidepresivos. Tras el pogromo antimusulmán orquestado por el Estado en el estado indio de Gujarat en 2002, por ejemplo, el ministro jefe del Estado, Narendra Modi, habló en una serie de mítines convocados en torno al «orgullo hindú». Dijo a la multitud: «Hay gente empeñada en destruir Gujarat». Pero, añadió, «si elevamos la autoestima y la moral de cincuenta millones de gujaratíes, los planes de Alis, Malis y Jamalis no podrán hacernos ningún daño».³² Los maquinadores Alis, Malis y Jamalis en cuestión eran la minoría musulmana del estado, que acababa de ser víctima de un pogromo.

Modi ofreció a sus partidarios autoestima mediante la puesta en práctica de lo que Freud denominó «el más ciego frenesí de la destructividad», haciendo realidad sus «deseos de omnipotencia» más extremos. Como dice el psicoanalista Tad DeLay sobre los Proud Boys, su lema bien podría ser: «Sí, sé que estoy jodido, pero este grupo me da fuerzas». El grupo se estructura en torno a la ansiedad y la crueldad para elevar la moral. Se aglutina en torno a lo que el teólogo William Connolly denomina los «resentimientos subterráneos» que circulan en las sociedades de clases, y en torno a su punitivo «ethos de venganza existencial».³³ Pero ningún volumen de violencia puede aplacar la ansiedad, del mismo modo que la aracnofobia no se cura por muchas arañas que se maten, pues la

32. «Is this Hate Speech? Text and Analysis of Speech delivered by then CM, Gujarat, Narendra Modi, at Mehsana», Citizens for Justice and Peace, 20 de febrero de 2017.

33. La cita de Freud está tomada de la traducción de Joan Riviere, reeditada en Freud, S. (1994), *Civilization and Its Discontents*, Dover, Mineola, NY, p. 76. La traducción de David McLintock publicada por Penguin lo traduce como «la más ciega furia destructiva», pero prefiero la versión de Riviere; DeLay, T., «What Does the Populist Want?: Shame and the Proud Boys», charla publicada en el ya desaparecido Patreon del autor; Connolly, W. E. (2008), *Capitalism and Christianity, American Style*, Duke University Press, Durham, NC, y Londres, p. 4.

araña no es la verdadera fuente del miedo. Cuanto más se aplasta al enemigo, menos parece solucionarse, y más indefenso se está ante la ansiedad. El nacionalismo del desastre prospera en este vórtice.

VI.

L'état d'urgence pour faire oublier les tas d'urgences. (*El estado de urgencia puede hacer olvidar una multitud de urgencias*).

—Pintadas populares francesas durante las protestas de la *Nuit debout* en 2016³⁴

El nacionalismo del desastre manipula y florece en la profunda infelicidad acumulada durante el apogeo del liberalismo. Ha radicalizado el racismo, el autoritarismo, el sadismo y la paranoia que ya existían entre mucha gente. Y aunque milita contra desastres imaginarios, lo hace en un mundo en el que los desastres reales —recesiones, incendios forestales, inundaciones, tsunamis, pandemias— son cada vez más frecuentes y mortíferas. Según el Foro Económico Mundial, la tasa de desastres «naturales» en 2019 triplicó la de 1989.³⁵ La más reciente, la pandemia del covid-19, sumió al mundo en una recesión más profunda que la Gran Recesión de 2008, aunque la recuperación fue más rápida gracias a las amplias intervenciones estatales.³⁶ Y como los nacionalistas de hoy no pueden hacer frente a las múltiples crisis de la civilización capitalista ni hacer otra cosa que avivar la ansiedad que alimenta sus cruzadas fóbicas, estas solo pueden intensificarse.

El nacionalismo del desastre, he argumentado, aún no es fascismo. Sin embargo, desde 1945 no ha habido mejor momento para

34. Citado en Wagner, V., Girardclos, S., y Leverington, E. K. (2016), «Arrêt d'urgence. Regards croisés sur des impasses contemporaines», *EU-topias*, 12, pp. 63-66.

35. «This chart shows how much more common natural disasters are becoming», *World Economic Forum*, 3 de septiembre de 2020.

36. Rappeport A., y Smialek, J. (2020), «I.M.F. Predicts Worst Downturn Since the Great Depression», *New York Times*, 14 de abril de 2020.

ser fascista. El nuevo nacionalismo proporciona el entorno ideal en el que las fuerzas fascistas incipientes pueden prosperar. Entre la turba que apoyaba a Trump y asaltó el Capitolio había hombres con tatuajes nazis y camisetas que ensalzaban Auschwitz. Entre los candidatos republicanos al Congreso en 2018, algunos eran abiertamente supremacistas blancos y nazis. En Brasil, el triunfo de Bolsonaro ha resucitado el integralismo, la corriente fascista que surgió en los años 30. En la India, el movimiento nacionalista hindú está respaldado por la organización de masas paramilitar, genuinamente fascista, Rashtriya Swayamsevak Sangh (RSS). En Israel, el movimiento fascista kahanista forma parte del gobierno.

Históricamente, el fascismo no ha prosperado por la originalidad de sus doctrinas –casi todo lo tomaba prestado de otras tradiciones políticas–, sino por apropiarse de lo que ya era popular para sus propios propósitos. Del mismo modo, las corrientes actuales del nacionalismo del desastre producen metástasis de tendencias ideológicas que ya estaban presentes. Las obsesiones islamófobas de Trump, Modi y la mayoría de los partidos de extrema derecha europeos fueron diseñadas y preparadas en primera instancia por intelectuales liberales y neoconservadores como parte de su justificación de la «guerra contra el terrorismo», o en defensa de la «república» en Francia o como parte del comunismo blando del Partido del Congreso de centroizquierda en la India. El fascismo es una patología que surge dentro de la corriente democrática mayoritaria.

El nacionalismo del desastre, aunque todavía no representa una ruptura total con el liberalismo, es cultural y políticamente antiliberal de una forma que el conservadurismo dominante no se ha atrevido a ser durante décadas. Es pseudodemocrático, en el sentido de que a menudo prefiere la consulta plebiscitaria al debate parlamentario e invoca los derechos de las «mayorías» frente a los procedimientos parlamentarios y la ley. La «mayoría» en cuestión suele ser una minoría, idealizada como la nación «real». En su deferencia hacia los políticos-celebridad, los ciberempresarios y estafadores, los propagandistas de talento y los hombres seguros de sí mismos con olfato para detectar vulnerabilidades en sistemas democráticos en

crisis que se las arreglan con brío táctico y voluntarismo, se asemeja a una versión moderna y online del «principio de liderazgo» fascista. Su violento anticomunismo, incluso cuando no hay una oposición comunista identificable, es tan imaginario como las protestas del fascismo del siglo xx contra el «judeo-bolchevismo». Normaliza la violencia popular contra las minorías o los pobres, complementando la con nuevas formas de violencia estatal, de forma que se asemeja a la dialéctica de radicalización entre los líderes fascistas y sus bases. Y se parece al fascismo en que es una «estafa de la realización», en palabras de Ernst Bloch, cuyas fantasías se precipitan hacia brutales escenarios apocalípticos.³⁷

Y, sin embargo, como señaló Theodor Adorno en su estudio sobre el reaccionario y pesimista alemán Oswald Spengler, sería insensato menospreciar las fantasías catastrofistas de la derecha. A menudo están en sintonía con realidades que el optimismo liberal prefiere no reconocer. El apocalipsis no es una mera fantasía. Al fin y al cabo, vivimos en él: desde virus mortales hasta la erosión del suelo, desde la crisis económica hasta el caos geopolítico. Una de las tareas de este libro es preguntarse a qué realidades, que el nacionalismo del desastre aborda tangencialmente, hemos estado dando la espalda. El deseo escatológico tampoco es exclusivo de la derecha. Como explica la teóloga Catherine Keller, «todos los movimientos igualitarios o revolucionarios occidentales, las luchas por la democracia, el socialismo, los derechos de la mujer, la emancipación de los esclavos, hasta el “sueño” de Martin Luther King, han recurrido a metáforas apocalípticas sobre grandes calamidades y transformaciones». Uno de los libros más vendidos de la historia, *El manifiesto comunista*, es un texto profundamente apocalíptico.³⁸

37. Bloch citado en Rabinbach, A. (1977), «Unclaimed Heritage: Ernst Bloch's Heritage of Our Times and the Theory of Fascism», *New German Critique*, 11(5).

38. Adorno, T. (1997), «Spengler after the Decline», en *Prisms*, MIT Press, Cambridge, MA; Keller, C. (2021), *Facing Apocalypse: Climate, Democracy, and Other Last Chances*, Orbis, Maryknoll, NY, Kindle loc. 79; Miéville, C. (2022), *A Spectre, Haunting: On the Communist Manifesto*, Head of Zeus, Londres, pp. 154-160.

El reto no consiste simplemente en censurar los planteamientos apocalípticos, sino en preguntarse: ¿qué apocalipsis?

Lo que *es* una fantasía es la creencia de que el fin de los días es, *ipso facto*, emocionante. En cierto y oscuro sentido, podemos ser reclutados para disfrutar de nuestra destrucción: ojeamos atontados las redes sociales, consumiendo vídeos de incendios forestales, inundaciones y guerras en un estado de incredulidad escandalizada pero interesada, habituándonos al momento a la última expresión de la ruina. Como señaló Maurice Blanchot en un conocido aforismo, «el apocalipsis es decepcionante» porque bajo su luz nada cambia realmente.³⁹ Bajo la presión del colapso ecológico, el planeta simplemente está cada vez más enfermo, más dañado, más muerto. Los costes de producción y los precios aumentan, una mayor parte de la superficie del planeta se vuelve inhabitable, los refugiados climáticos se ven confinados en una red de campos y prisiones cada vez más amplia. La vida se vuelve más dura y mezquina.

No hay razón para suponer que, en estas circunstancias de escasez, tensión y lucha, nuestros debilitados sistemas democráticos vayan a estabilizarse por sí mismos. Tampoco podemos dar por sentado que la mayoría de la gente esté vacunada para siempre contra el fascismo. Lo que hay que explicar es el *glamour* duradero del fascismo como idea, y el hecho de que el coqueteo abierto con el lenguaje y la imaginaria fascistas no sea un inconveniente para la nueva derecha nacionalista, sino un reclamo único. Lo que también exige explicación es la adaptabilidad del fascismo neonato a todo tipo de situaciones: ¿por qué tantas insatisfacciones, sexuales, económicas, políticas y culturales, se prestan a la solución del nacionalismo violento? ¿Y por qué deberíamos esperar que se detuviera ahí?

La «peste parda» fue en su día una epidemia de gran éxito, de alcance mundial y brotes que estallaban por doquier, desde los camisas azules chinos hasta el integralismo brasileño. Sus líderes fueron recibidos como salvadores por millones de personas que antes ni siquiera habían votado a partidos conservadores. Su prestigio

39. Blanchot, M. (1997) «Apocalypse is disappointing», en Elizabeth Rottenberg (trad.), *Friendship*, Stanford University Press, Redwood City, CA, pp. 101-108.

mundial era enorme. Los regímenes fueron uno tras otro sucumbiendo ante la peste parda, y fue necesaria la movilización de un número incalculable de personas y la muerte de decenas de millones para romper su control popular; incluso después de la guerra, las encuestas a quienes habían vivido bajo el régimen nazi mostraban que la mitad guardaba recuerdos positivos sobre él. No lograremos contener esta amenaza si partimos del supuesto de que se trata de un pequeño número de alborotadores, una «cesta de deplorables», por utilizar la desafortunada expresión de Hillary Clinton, frente a la que podemos imponer nuestra virtud. Todos tenemos una tentación fascista: todos llevamos botas militares.